

La “diferencia” y la “desigualdad” como claves de lectura de la historia de los estudios de comunicación y cultura latinoamericanos. El caso de García Canclini

Adrián Pulleiro¹

RESUMEN

El objetivo de este texto es llevar a cabo una exploración crítica del tratamiento que las cuestiones de la diferencia y la desigualdad tuvieron en la obra de Néstor García Canclini. Nos interesa particularmente analizar cómo ese tratamiento se enmarca en un proceso de reelaboración teórica más amplio que involucra nociones clave para la investigación en comunicación y cultura como son las nociones de hegemonía y de cultura popular, y dejar sentado un aporte para el estudio de la trayectoria intelectual del autor en cuestión. Nuestro material de análisis está centrado en dos obras: *Culturas Híbridas* (1990) y *Diferentes, desiguales y desconectados* (2004).

Palabras clave: diferencia; desigualdad; hegemonía; comunicación y cultura; García Canclini.

1. Universidad Nacional de La Pampa/ Universidad de Buenos Aires/ Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Correo electrónico: adrianpulleiro@yahoo.com.ar

'Difference' and 'inequality' as reading keys in the history of Latinamerican studies of communication and culture. García Canclini's case

ABSTRACT

The objective of this text is to carry out a critical exploration of treatment had the issues of difference and inequality in the work of Néstor García Canclini. We want to particularly discuss how that treatment is part of a wider theoretical reprocessing process that involves key concepts for research on communication and culture such as the concepts of hegemony and popular culture, and make a contribution to the study of the intellectual career of the author in question clear. Our material analysis is focused on two works: *Culturas Híbridas* (1990) y *Diferentes, desiguales y desconectados* (2004).

Keywords: difference; inequality; hegemony; communication and culture; García Canclini.

La “diferencia” y la “desigualdad” como claves de lectura de la historia de los estudios de comunicación y cultura latinoamericanos. El caso de García Canclini

INTRODUCCIÓN

A partir del desplazamiento teórico y metodológico experimentado durante la década de 1980 en el campo de los estudios en comunicación y cultura latinoamericanos, la noción de *diferencia* cobró vigor como una especie de “correctivo” ante lo que en aquellos años se presentó como un exceso de igualitarismo que, según las lecturas retrospectivas del momento, había teñido tanto a proyectos políticos emancipatorios como a perspectivas de investigación (Martín Barbero, [1987] 2003; Fuentes Navarro, 1992). En aquel momento de evaluación de la investigación sobre comunicación masiva que se había realizado en la región durante el período previo a la imposición de dictaduras militares a nivel continental –hecha a la luz de la relectura de los procesos políticos recientes–, la cuestión de la diferencia apareció ligada a la recuperación de la diversidad de sujetos sociales, tradiciones culturales y prácticas sociales que constituyen a los sectores subalternos de nuestras sociedades, como forma de dar respuesta al supuesto reduccionismo en el que había caído el marxismo como discurso hegemónico sobre lo popular, al remitirse casi exclusivamente a la clase obrera como actor fundamental y a los conflictos entre capital y trabajo como elemento privilegiado para el análisis social y el desarrollo de la acción política (Sunkel, 1985).

En ese marco, la preocupación por comprender los fenómenos culturales en tanto prácticas sociales complejas que expresan diversos modos de vida y sistemas de valores se vio también potenciada por la revalorización de la recepción de los medios masivos y del consumo cultural como instancias de construcción de sentido y por la reivindicación de la cultura popular como formas de ser y de hacer que –si bien continuaba siendo definida mayormente por su condición de subalternidad respecto de una cultura dominante– daba cuenta de hábitos, valores estéticos y maneras de organización que no responden a la mera reproducción del orden social (Martín Barbero, [1987] 2003; Ford, 1987). Así, desde esta perspectiva, la cultura de las clases populares sería concebida como un sistema cultural diferente, con estatus propio, que no debía pensarse como algo exterior a la cultura masiva sino como producto de las interacciones con lo culto y con lo masivo (Ford, 1985; Mata, 1988).

Finalmente, en un tercer nivel, en el campo de los estudios en comunicación y cultura, la cuestión de la diferencia tuvo otro desarrollo relacionado con la dimensión de los procesos de construcción de identidades y, más concretamente, con el reconocimiento de los modos de expresarse, organizarse y relacionarse de grupos conformados en torno al origen étnico, las preferencias sexuales, las nacionalidades, las religiones, y también los consumos culturales, que por aquellos años comenzaron a dar lugar a sendos movimientos sociales con grados importantes de intervención pública o a movimientos culturales urbanos que serían estudiados desde el prisma de las nociones de estilo y subcultura, ligado a la tradición de los estudios culturales británicos. En este sentido, la noción de diferencia tuvo un anclaje que trascendió por

mucho a nuestro campo de estudios, al estar en la base de las luchas por "el derecho a la diversidad", que en gran medida se manifestó en torno al reclamo por el reconocimiento en las distintas esferas institucionales (educación, representación política, etc.) y que se fundamentó en la necesidad de construir sociedades más democráticas (García Canclini, 1995; Martín Barbero, 1998).

Planteado este esquemático panorama, podemos decir que en el presente artículo nos proponemos describir y analizar la manera en que, Néstor García Canclini –no de los autores más influyentes de los estudios en comunicación y cultura latinoamericanos de las últimas dos décadas– ha abordado las cuestiones de *la diferencia y la desigualdad*, y cómo el enfoque resultante para concebir esas problemáticas clave para el análisis cultural está estrechamente vinculado, por un lado, con la re-elaboración operada respecto del par conceptual hegemonía/cultura popular y, por otro, con el proceso de institucionalización académica que marcó a fuego las condiciones de producción en esa zona de la actividad cultural en nuestros países, que tuvieron lugar en las décadas del '80 y del '90.

Llegados a este punto, necesitamos dejar planteadas algunas precisiones. En primer término, la hipótesis operativa que remite a la propuesta de realizar una exploración como la que planteamos proponiendo como clave de lectura el par diferencia/ desigualdad. Esto implica considerar a ambos términos como referentes de un haz de problemáticas, y no sólo como meras nociones o categorías. Y, sobre todo, desde la perspectiva de la historia intelectual que hacemos propia, significa considerarlas como tópicos que permiten acceder a un estado del campo en un momento determinado –tratando de evitar asimismo cualquier sobrevaloración de las líneas de continuidad en una trayectoria dada–, en la medida en que actúan como núcleos significantes sobre los cuales los investigadores deben trabajar para ser parte de un espacio de producción simbólica que se caracteriza por ser un espacio de intercambios y disputas². En segundo término, podemos decir algo similar respecto de la obra de García Canclini. La historia de los estudios en comunicación y cultura es muy rica en tradiciones y trayectorias, pero dada la posición central que ha ocupado dicho autor durante las últimas dos décadas y media, estimamos que su obra puede dar lugar a una exploración representativa. Tercero, en relación con el texto, por razones de extensión, nos centraremos en dos de sus obras, cuyas características nos permiten enfrentarnos con textos de por sí panorámicos. Por un lado, *Culturas Híbridas*, uno de los trabajos que más expresaron el desplazamiento teórico y metodológico de la década de los '80 junto con *De los medios a las mediaciones*, de Martín Barbero. Por otro, indagaremos *Diferentes, desiguales y desconectados*, un texto publicado catorce años después en el que García Canclini emprende un intento por realizar un balance sobre la eficacia de parte de las tesis y postulados formulados en aquel otro libro de 1990, elemento que nos permitirá construir una mirada global de los planteos de García Canclini respecto de la cuestión que aquí nos interesa. Aunque no con el mismo grado de sistematicidad, también acudiremos en algunos pasajes a un tercer libro del autor que representa un momento previo al desplazamiento que

2. Proponemos un recorrido a partir de "un conjunto de cuestiones presentes en forma articulada, respecto de las cuales los distintos sectores del campo deben tomar una posición" (Patiño, 1998, p. 1).

se manifiesta en *Culturas Híbridas*, hablamos de *Culturas populares en el capitalismo*, publicado en 1982.

1. CULTURAS HÍBRIDAS, LA BISAGRA

Culturas Híbridas es la producción de un autor maduro, un momento de balance no solo para toda una camada de investigadores sino para el propio García Canclini (desde ahora GC), quien expone allí el resultado de investigaciones empíricas realizadas años antes y también una serie de consideraciones teóricas que son en gran parte re-lecturas³. El libro supone un punto de llegada y una operación de apertura simultáneamente. A su vez, si la publicación en 1982 de *Culturas populares en el capitalismo* supuso un primer gesto de reconocimiento a escala internacional (el texto ganó en Cuba el Premio Casa de las Américas al mejor ensayo del año), *Culturas Híbridas* es la obra de un investigador reconocido en el espacio académico mexicano y cuya circulación le permitirá terminar de proyectar su capital simbólico al resto de la región en momentos en que las principales universidades latinoamericanas han creado sus carreras de Comunicación y la matrícula está en expansión (Fuentes Navarro, 1992).

En el caso de este texto, podemos empezar diciendo que la cuestión de la diferencia aparece ligada al señalamiento de la complejidad de la cultura latinoamericana en tanto proceso social resultante de diversas temporalidades históricas, fruto de la combinación entre movimientos de modernización y modernismo y tradiciones que mantienen su eficacia cultural. Un proceso constituido por distintos modos de producción, circulación y consumo, en donde si bien se reconoce el avance de la subordinación a la lógica mercantil se destaca la creciente *hibridación* entre lo que en los marcos de la cultura moderna se definió como lo culto, lo masivo y lo popular. De hecho, como ya se sabe, una de las tesis principales de GC en el libro es que

3. Para 1990 GC había sido Profesor Titular en la Escuela Nacional de Antropología e Historia de México, en la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) de ese país y designado recientemente como Profesor-Investigador de Tiempo Completo del Departamento de Antropología de dicha casa de estudios. Egresado de la Universidad Nacional de La Plata en 1964, donde estudió Filosofía. Se doctoró en esa disciplina a mediados de la década siguiente en la Universidad de París X- Nanterre, donde había cursado seminarios gracias a una beca del CONICET. En 1976 se instaló en la Ciudad de México, luego de haber sido profesor en la UBA y en la UNLP. Desde entonces llevó a cabo una prolífica tarea en la investigación y en la docencia que se tradujo en decenas de publicaciones. Asimismo, fue Director del Centro de Documentación e Investigación del Instituto Nacional de Bellas Artes, Coordinador de la División de Estudios Superiores de la Escuela Nacional de Antropología e Historia y Jefe del Área de Cultura en el Departamento de Antropología de la UAM. Entre 1977 y 1980 dirigió una investigación sobre Artesanías y fiestas populares en México que fue editada como libro en *Las culturas populares en el capitalismo*, publicado en México dos años después, con el cual ganó el premio Casa de las Américas 1982. Entre ese año y 1985 dirigió una investigación sobre El público de arte en México. De 1985 a 1988 otra investigación sobre Necesidades culturales en la frontera norte de México. Estos, junto a otros trabajos de campo, fueron insumos fundamentales para la elaboración de *Culturas Híbridas*. Desde 1990 hasta 2006 dirigió el Programa de Estudios sobre Cultura Urbana en el Departamento de Antropología de la UAM. En 1997 y 1998 coordinó por encargo del Sistema Económico Latinoamericano (SELA) una investigación sobre las industrias culturales en América Latina. En 2002 y 2003 co-coordinó a pedido del Instituto Mexicano de Cinematografía una investigación internacional con especialistas de Argentina, España y Estados Unidos, sobre las perspectivas del cine mexicano. Todas estas actividades actuarían como materiales empíricos para su libro *Diferentes, desiguales y desconectados*. En paralelo, GC fue parte de diversos posgrados en México y otros países, integró jurados en concursos ordinarios y menciones y fue profesor invitado en Austin, Stanford, Barcelona, Buenos Aires y San Paulo.

la expansión de las industrias culturales ha vuelto cada vez más difusos los otrora rígidos límites que separaban los circuitos de lo culto y de lo popular y que con esa expansión se han impuesto nuevos procedimientos de distinción simbólica. En el análisis de GC, la complejidad de la cultura –la que analiza en términos de “modos de vida” y espacios de producción especializada (arte, museos, medios de comunicación, literatura, etc.)–, también está dada por las diversas estrategias que desarrollan los actores del campo cultural (productores, público, instituciones públicas, empresas) en el marco de profundas transformaciones estructurales signadas por la primera etapa del auge neoliberal en la región.

Vale recordar cómo GC construye su reflexión a partir de lo que define como los aportes y los límites de la teoría de la reproducción –sobre todo a partir de los trabajos de Bourdieu– y de la teoría de la hegemonía, inspirada en los aportes de Gramsci. En ese marco, desplegará una línea de indagación que analiza *las diferencias* en relación con la desigualdad en la distribución y apropiación de los recursos culturales. En este punto, frente a las valoraciones posmodernas del fragmento y las perspectivas que hacen hincapié en los fenómenos a escala micro, GC remarca que “la preocupación por la totalidad social sigue teniendo sentido cuando no sólo interesan las diferencias, sino también las desigualdades” (2001, p. 45). Más puntualmente, con Bourdieu, GC dirá que las prácticas de consumo y las preferencias de los distintos grupos sociales no pueden ser comprendidas al margen de la desigualdad de capitales económicos y educativos (2001, p. 149). No obstante, cuestiona a la teoría de la reproducción por considerar que queda presa de una visión que hace de la cultura popular un mero resultado de la imitación, el pragmatismo y la degradación. A su modo de ver, la cultura de las clases populares debía entenderse como un sistema cultural diferente (aunque no en función de “una esencia a ser conservada”), en el que no todas las diferencias provienen de la desigualdad socioeconómica. Así, frente a la imagen del proyecto de la modernidad como desplazamiento homogéneo de las tradiciones y la concepción de la cultura popular como degradación de la cultura de las clases dominantes, GC recupera la acción de los subalternos, el conflicto y la capacidad de negociación.

Dicho esto podemos adelantar que en *Culturas Híbridas* GC ratifica en varios pasajes la necesidad de construir un enfoque que dé cuenta de la relación entre “diferencia” –vinculada a tradiciones culturales de los distintos grupos sociales y a la manera híbrida en que se desplegaron los movimientos de modernización social y modernismo cultural– y “desigualdad” –fruto de los distintos niveles educativos y las distintas posiciones ocupadas en la estructura productiva–. Sin embargo, esa perspectiva se irá debilitando en virtud de una mayor preocupación por los fenómenos que remiten al orden de las diferencias. De esta manera, consideramos que este trabajo de GC deberá ser leído más en función de “énfasis” que de “ausencias” (Mangone, 2007). Al mismo tiempo, podemos afirmar que a lo largo del texto la mención directa a los aportes de Gramsci respecto de los problemas de la hegemonía se diluye. GC terminará haciendo hincapié en las acciones que dan cuenta de la hibridación cultural sin buscar los hilos que las conectan con relaciones sociales de dominación, y pondrá más atención en los compromisos, las complicidades y la interacción que en las operaciones de universalización de intereses particulares que toda construcción de hegemonía supone. Un énfasis que aparecerá con mayor nitidez cuando nuestro

autor proponga dejar de lado la noción de cultura popular para hablar de culturas híbridas.

A continuación nos concentraremos en cinco tópicos que nos permitirán explorar más en detalle la manera en que son abordadas en *Culturas Híbridas* las relaciones entre el plano de las diferencias culturales y la desigualdad socioeconómica, dado que presentan los ejes fundamentales que GC recorre a lo largo del texto para describir y analizar dichas instancias.

a) El consumo cultural como práctica de distinción y refuerzo de la desigualdad

Este primer tópico hace referencia a los procedimientos del consumo cultural que instituyen formas de distinción entre grupos y clases sociales y a cómo esas operaciones contribuyen a fundar, mantener y legitimar situaciones de desigualdad, y re-producir la hegemonía de las clases dominantes.

GC aborda esta problemática cuando alude a los efectos de las políticas culturales que buscan democratizar el acceso a bienes simbólicos. Así se refiere puntualmente a las iniciativas que en el siglo XX gobiernos latinoamericanos de corte nacionalista, populista o socialista desplegaron para reducir las desigualdades en el acceso a cierto patrimonio común, pero que al mismo tiempo sirvieron “para suprimir ciertas diferencias y marcar otras” (2001, p. 153). Concretamente, GC dirá que en esos proyectos democratizadores existió “una concepción homogeneizante de la desigualdad” (2001, p. 153). Una concepción que se traducía en una valoración cuantitativa de las políticas, en un descuido por las necesidades –diversas– de los diferentes sectores sociales y en cierto autoritarismo que pretendía abolir la distancia entre público y productores en relación con la significación de las obras. No obstante, para GC pugnar por un relativismo cultural no significaba anular el problema de la jerarquización de competencias y disposiciones culturales. En sus palabras, la otra razón para no tener una mirada ingenua de las políticas difusionistas es que “no basta” con “dar iguales oportunidades a todos si cada sector llega al consumo, entra al museo o a la librería con capitales culturales y hábitos dispares” (2001, p. 134). De hecho, al analizar los comportamientos y opiniones del público de museos en México, donde ratifica la relación directa entre concurrencia y habitualidad a esas instituciones y capital cultural y económico, GC evidencia una preocupación por el análisis de ese capital cultural como factor que determina modos diferentes de participar en la producción, la conservación y el consumo cultural.

De esta manera, apoyándose en Bourdieu, GC se refiere al nivel de la diferencia y la desigualdad como dos momentos de una misma realidad. Por un lado, los comportamientos en el consumo responden a competencias y hábitos culturales diferentes. Por otro, esas competencias se explican por distintas trayectorias sociales. Y la distinción que genera la manera legítima de relacionarse con un patrimonio cultural que es presentado como universalmente válido contribuye a naturalizar y justificar una situación de desigualdad que es estructurante de la sociedad en su conjunto.

b) Los modos diferentes y desiguales de participar en un patrimonio común

En *Culturas Híbridas*, GC se interesa por el papel que desempeñan los “patrimonios culturales” en los procesos de construcción de hegemonía política. En este plano, pone en juego una mirada que se remonta a las operaciones específicas mediante

las cuales, a lo largo de la historia, las clases dominantes construyen relatos sobre el pasado nacional, su origen y el sentido de los principales acontecimientos. A su vez, en un segundo nivel de análisis sobre el mismo objeto, advierte que a partir del desarrollo de los estudios sobre reproducción cultural y desigualdad social se ha podido constatar que los bienes reunidos por cada sociedad no pertenecen a todos sus miembros aunque formalmente estén disponibles para todos por igual. GC dirá que la capacidad de relacionarse con ese patrimonio se origina, en primer lugar, en la manera desigual en que los grupos participan en su formación y mantenimiento. Para nuestro autor, aun en las sociedades más democráticas, que incorporan el capital cultural de las clases subalternas de manera subordinada al patrimonio legítimo (como ocurre en la sociedad mexicana en relación con las culturas indígenas luego de la Revolución), hay una jerarquía de los capitales culturales: el arte es valorado por sobre la artesanía; la medicina científica por sobre la popular, etc. De este modo, la definición del patrimonio histórico como capital cultural evita concebirlo como un conjunto de bienes estables y neutros, y lleva a presentarlo como proceso social, que se produce, se conserva y es apropiado de manera desigual. En suma, lleva a concebir a ese patrimonio como factor unificador, pero también como espacio de lucha material y simbólica.

Dicho esto, nos interesa destacar la manera en que GC analiza la participación de las culturas populares en ese patrimonio común. Aquí GC nos coloca ante los sectores populares ya no como consumidores sino como productores y, de esa manera, plantea el tema de la calidad y jerarquización de los productos culturales. En principio, señala que los sectores dominantes no solo definen qué bienes son superiores y cuáles merecen ser conservados, sino que además cuentan con los recursos económicos e intelectuales, con el tiempo necesario para elaborarlos y para el ocio que les posibilita imprimirles a esos productos "mayor calidad y refinamiento" (2001, p. 187). Entretanto, los productos generados por las clases populares suelen ser más representativos de la historia local y más adecuados a las necesidades grupales. Pueden lograr un alto valor estético y demostrar una gran creatividad, pero esos grupos tienen menos posibilidades de volverlos patrimonio generalizado y reconocido en círculos amplios. Desde una óptica, en la que resuena la conceptualización gramsciana de lo que sería una cultura propiamente dicha (Gramsci, [1960] 2000), GC señala que esa dificultad remite a las limitaciones para desarrollar acciones regulares y extendidas en el tiempo que permitan acumular esos productos durante largos períodos, volverlos base de un saber objetivado y transmisible mediante la educación sistemática, perfeccionarlos a través de la investigación y la experimentación continua. Concretamente, GC dirá que "la desigualdad estructural impide reunir todos los requisitos para intervenir plenamente en el desarrollo del patrimonio común" (2001, p. 188).

En consecuencia, sin perder de vista la capacidad de los sectores populares para expresar sus problemas e inquietudes, mediante sus artesanías, sus formas de organización comunitaria, sus prácticas de consumo o sus expresiones artísticas, GC intenta no dejar de lado una valoración respecto de productos elaborados en medio de urgencias y carencias materiales. Es decir, los recursos simbólicos y materiales de los que se nutren los diversos grupos y clases a la hora de producir esos objetos son distintos, pero también son desiguales. Desde la perspectiva que CG deja planteada,

no alcanza con hablar de dichos productos en términos de un patrimonio “propio”, habrá que dar cuenta de por qué no logran constituirse en recursos simbólicos y patrimonio de sectores amplios de una sociedad dada; en otras palabras, en qué condiciones se relacionan con la producción, circulación y consumo de los productos que forman parte de los circuitos que se imponen como hegemónicos.

c) Nuevas desigualdades en un nuevo marco cultural

Como señalamos al comienzo, GC hablará de la desigualdad como situación que persiste, pero que existe de manera más compleja producto de ciertas transformaciones estructurales y como resultado de un cúmulo de cambios culturales. Por un lado, GC no duda en afirmar que la reestructuración de las economías latinoamericanas implementada por aquellos años agravaba la desigualdad en términos sociales. A continuación sostiene que el corrimiento del poder estatal potenciaba la mercantilización de las comunicaciones. Esta mercantilización, a su vez, especializaba los consumos y alejaba crecientemente a los distintos estratos sociales. En esa línea, GC agregará que a medida que disminuye el poder público los bienes dejaban de ser accesibles para la mayoría y que junto con la diversificación de la oferta según patrones comerciales emergían “nuevas desigualdades” (2001, p. 335). Al mismo tiempo, GC remarca que no se trata de lamentar la descomposición de las colecciones culturales rígidas que definían hasta hacía algunas décadas el universo de lo culto, lo popular y lo masivo como espacios separados y diferenciables. A su entender, esos sistemas rígidos que entraron en crisis a partir de la expansión de las industrias culturales, de los efectos de ciertas políticas culturales democratizadoras y la proliferación de ciertas tecnologías de reproducción, sostenían y promovían las desigualdades en la medida en que se basaban en la exclusión de las versiones de lo popular y en el enaltecimiento de los productos “cultos” y en la imposición de la contemplación como único modo de consumo.

No obstante, más allá de ese gesto que valora la nueva situación, GC llama la atención sobre la discontinuidad extrema que ofrecen como hábito perceptivo los medios masivos de comunicación y el reto que las nuevas condiciones culturales plantean a vastos sectores sociales a la hora de participar en la comprensión de la producción y la reelaboración de los significados. Al tiempo que se refiere a la relación que existe entre esos modos de percepción, las nuevas pautas de decodificación cultural y el poder de los estados y las transnacionales que suelen llevar la iniciativa en un escenario signado por la inestabilidad y el cambio. En definitiva, GC termina asegurando que el análisis cultural no puede perder de vista “la desigualdad existente en el uso y apropiación de las tecnologías culturales entre países y clases” (2001, p. 280).

d) Una transdisciplina para el estudio de la diferencia y la desigualdad

En este apartado pretendemos dejar sentada una de las consecuencias principales que se derivan de los planteos centrales de GC sobre la investigación en comunicación y cultura. Como ya hemos dicho, una de sus tesis principales es la crisis simultánea de la noción clásica de cultura de élite y de las culturas populares concebidas como patrimonio cultural autosuficiente de los sectores campesinos e indígenas, a raíz de la acción expansiva de las industrias culturales sobre ambos universos. En

este contexto, GC afirma la necesidad de reformular las perspectivas metodológicas y las nociones que las ciencias sociales utilizaron históricamente para dar cuenta de esas dimensiones de lo social.

En lo que hace a nuestros objetivos principales, cabe destacar lo que GC sostiene en torno a la necesidad de construir una transdisciplina capaz de operar con las "culturas de frontera", tal como el autor define a todas las culturas actuales. Una transdisciplina pensada para abordar las relaciones que en nuestras sociedades existen entre modernidad, tradiciones y posmodernidad y estudiar lo que ocurre en las interacciones de lo culto, lo masivo y lo popular. En palabras de GC, concretamente, habrá que articular los enfoques provenientes de la antropología, que ha venido haciendo hincapié en la diversidad y la diferencia entre culturas y sistemas culturales, y los de la sociología, que históricamente ha hecho foco en las cuestiones referidas a la desigualdad y sus vínculos con los modos de funcionamiento de los sistemas productivos y las instituciones educativas y políticas, entre otras (2001, pp. 234-235).

e) Poder oblicuo y culturas híbridas: la diferencia más allá de la desigualdad

Hasta aquí hemos sistematizado una serie de planteamientos que articulados conforman una perspectiva de análisis que persigue cierta tendencia a la totalización. Como veremos en las líneas que siguen, a partir de una serie de reelaboraciones conceptuales y desplazamientos teóricos esa perspectiva se diluye en gran medida cuando GC pone el foco en la manera concreta en la que los sectores populares "viven" los cruces entre lo moderno y las tradiciones, entre lo culto, lo popular y lo masivo, y más aun cuando plantea el abandono de la noción de culturas populares para asumir en su lugar la de "culturas híbridas"⁴. El planteo ha sido ya muy transitado, pero nos es útil reponerlo. GC sostiene que lo popular ya no puede ser concebido como el espacio de conservación de tradiciones, ni como aquellos productos que expresan una elaboración colectiva ligada a una funcionalidad práctica diferente a los objetos de la cultura culta que se definirían por el desinterés y lo bello, ni tampoco por su carácter local y subalterno. Según GC, las tradiciones se transforman y reelaboran; ciertos productos como las fiestas y las artesanías, por ejemplo, se adaptan al gusto y las demandas de otros sectores y grupos sociales. Si bien da cuenta de una subordinación, GC remarca que los grupos sociales en cuestión no viven esa adecuación como una pérdida y asegura que se mueven "sin mucho conflicto" entre lo culto, popular y masivo, nociones que desde la perspectiva de nuestro autor remiten sobre todo a escenarios de interacciones (2001, p. 225). De modo tal, GC definirá a lo popular en virtud de ciertas condiciones de producción y de consumo; "lo popular designa las

4. Vale la pena incorporar como punto de referencia, en este pasaje del análisis, un momento previo de la obra de GC. En *Culturas populares en el capitalismo* el propio GC aseguraba que "el enfoque más fecundo es el que piensa la cultura como instrumento para comprender, reproducir y transformar el sistema social, para elaborar y construir la hegemonía de cada clase" (2002, p. 51). Y a continuación aporta una definición de las culturas populares que conserva un claro componente de conflicto social, en la que hay una alusión a la relación entre desigualdad y diferencia: "veremos las culturas de las clases populares como resultado de una apropiación desigual del capital cultural, la elaboración propia de sus condiciones de vida y la interacción conflictiva con los sectores hegemónicos" (2002, p. 51).

posiciones de ciertos actores, las que los sitúan ante los hegemónicos no siempre bajo la forma de enfrentamientos” (2001, pp. 256-257)⁵.

Para comprender cabalmente esta conceptualización sobre la cultura popular debemos remitirnos a su vez a las reformulaciones que el autor introduce para concebir el poder y la hegemonía, o sea a un nivel teórico que ha sido menos transitado para analizar el legado y la circulación de esta obra. En primer lugar, con un claro eco foucaultiano, GC partirá de la crítica a los estudios sobre comunicación masiva que según su óptica se basaron en visiones maniqueas y unidireccionales, y construyeron una concepción omnipotente de los medios masivos, para remarcar la necesidad de pasar a una concepción descentrada y multideterminada de las relaciones sociopolíticas. GC indica que el poder no está contenido ni en una institución, ni en el Estado, ni en los medios masivos. Citará a Foucault para decir que el poder “es el nombre que se presta a una situación estratégica en una sociedad dada”. En función de esta conceptualización, GC sostiene que los sectores populares “coparticipan” en las relaciones de fuerza que constituyen el orden social, relaciones de fuerza que están contenidas y se conforman en la producción y el consumo, en las familias y los individuos, en la fábrica, el sindicato y los partidos políticos, en los medios masivos y en la recepción (2001, p. 242). Dicho esto, GC no niega que algunas resistencias al cambio de perspectiva propuesto sean comprensibles y que “las visiones maniqueas y conspirativas del poder se justifican parcialmente en algunos procesos contemporáneos”, como ser el uso desigual de las nuevas tecnologías entre países centrales y empobrecidos o las consecuencias de la reestructuración económica neoliberal. Sin embargo, este señalamiento, que da cuenta de una situación socioeconómica paradigmática para la región a fines de los '80 y principios de los '90, terminaría ocupando un lugar secundario en el análisis. En segundo lugar, esta concepción desjerarquizada del fenómeno del poder es inseparable de la concepción que GC sostiene en torno a los problemas de la hegemonía. Su planteo hace hincapié en que la hegemonía (concepto que nunca define) no implica solo el enfrentamiento entre hegemónicos y subalternos, sino que comprende también relaciones de compromiso, complicidad y hasta de complementariedad. Dice GC:

Quando la investigación plantea las relaciones entre sectores populares y hegemónicos sólo en términos de enfrentamiento da una visión sesgada e inverosímil de lo real para los propios sujetos. Por eso fracasan las políticas que proponen cambios con esa perspectiva maniquea, omitiendo compromisos mutuos (...) Las interacciones entre hegemónicos y subalternos son escenarios de lucha, pero también donde unos y otros dramatizan las experiencias de la alteridad y el reconocimiento. La confrontación es un

5. En la introducción que el propio GC escribe para la edición de *Culturas populares en el capitalismo* de 2002, está presente una evaluación no inocente de lo que implica mantener o no la noción “cultura popular” en el análisis cultural. Allí, GC asegura que tiene sentido seguir hablando de culturas populares, en la medida en que “continúan existiendo procesos culturales como los que describe este libro (...): apropiación desigual de los bienes económicos y culturales, comprensión y reproducción subordinada de las propias condiciones de vida, movilización en torno de las artesanías y fiestas de recursos étnicos o locales (...) para resistir la fuerte extracción de excedentes económicos y buscar alternativas a la migración”. Además, según el autor, la noción “culturas populares” sirve para registrar procesos de subalternidad o exclusión que no se eliminan en la globalización (2002, pp. 29-30).

modo de escenificar la desigualdad (enfrentamiento para defender lo propio) y la diferencia (pensarse a través de lo que desafía) (2001, p. 256).

La larga cita se justifica por varias razones. Porque marca un desplazamiento que va de lo que sería una situación objetiva de desigualdad definida por la supremacía económica, intelectual y moral de ciertas clases y grupos sociales sobre otros (esto es clave en la concepción gramsciana de la hegemonía) a poner el foco en la manera en que "se vive" la hegemonía por parte de los sujetos subalternos. También porque nos permite llamar la atención acerca del uso que GC termina haciendo del concepto de hegemonía. Concretamente, una cosa es complejizar la relación entre sectores hegemónicos y subalternos (el concepto gramsciano de hecho incorpora la idea de un proceso definido como de "equilibrios inestables"), y otra es relativizar las relaciones de dominación que fundan y explican la construcción y reconstrucción de una hegemonía de clase que se cristaliza fundamentalmente en el Estado. Esa advertencia no es exagerada en la medida en que GC sostiene que los cruces entre lo culto y lo popular "relativizan la oposición política entre hegemónicos y subalternos" y que los paradigmas clásicos utilizados para dar cuenta de la dominación son incapaces de advertir la multiplicidad de centros y la multipolaridad de las iniciativas sociales. En definitiva, para GC "hegemónico" y "subalternos" son nociones que nos ayudaron a nombrar las divisiones, pero no las complicidades, los movimientos en que ambos se "necesitan" (2001, pp. 314-315).

Debemos añadir que para fundamentar este último planteo, GC se basa sobre todo en el caso de la ciudad mexicana de Tijuana, una ciudad de frontera donde la influencia del Estado estadounidense es vivida, a su juicio, casi sin conflictos y, por ende, es difícil hablar de lo hegemónico y lo subalterno en términos de "enfrentamientos". Más allá de que aquí no estamos en condiciones de explayarnos en los detalles del análisis, llamamos la atención, por un lado, sobre el papel que ocupa un caso que a decir verdad tiene rasgos difíciles de ser generalizados. Pero más aún, sobre la manera en que GC deja de interrogarse por lo que sería el "sentido objetivo de las acciones sociales", sentido que en todo caso debe ser puesto en relación con las representaciones y valoraciones de los sujetos, ya que la relevancia social de las acciones no tiene por qué coincidir con el sentido asumido subjetivamente (Adorno [1996], 2006, pp. 143-144).

En resumen, en el camino que va desde la noción de cultura popular a la de culturas híbridas y en el llamado a poner una especial atención en cómo los grupos subalternos procesan la interacción con lo hegemónico (con el mercado, los medios de comunicación, el Estado, etc.), en la perspectiva de GC se debilita la preocupación por la relación entre las desigualdades y las diferencias⁶. Al tiempo que se impone una concepción de la hegemonía que se vuelca hacia los mecanismos de generación

6. Aquí es interesante traer a colación algunas precisiones que el propio autor considera necesario hacer sobre la noción de "culturas híbridas" una década después. En la Introducción a la edición de *Culturas híbridas* del año 2001, GC sostiene que "la hibridación no es sinónimo de fusión sin contradicciones, sino que puede ayudar a dar cuenta de formas particulares de conflicto generadas en la interculturalidad creciente y en medio de la decadencia de proyectos nacionales de modernización en América latina" (2001, p. 14). Más adelante GC advierte que –en aquel libro– "es posible que la polémica contra el purismo y el tradicionalismo me haya llevado a preferir los casos prósperos o innovadores de hibridación" (2001, p. 19). Asimismo, en esa nueva introducción deja abierto el interrogante sobre si el acceso a mayor variedad de

de consenso escindida de la pregunta por la coerción estructural, el énfasis del análisis estará puesto en los procesos que dan cuenta de la complicidad y la negociación y, por ende, se dejarán sentadas las bases para un análisis de los diferentes modos de producir y consumir que tenderá a desentenderse de las condiciones materiales en las que se gestan y se legitiman los capitales económicos y culturales⁷.

En esta línea, podemos agregar que la manera de entender la construcción y reconstrucción de la hegemonía propuesta por GC coloca en un lugar secundario la relación dialéctica entre coerción y consenso (Gramsci, [1962] 2003b, p. 125). Debilita la posibilidad de reconstruir los mecanismos que hacen que los intereses de las clases dominantes sean percibidos por el conjunto o buena parte de una sociedad como sus propios intereses, elemento que es fundamental para entender la producción y reconstrucción de la hegemonía. Y con ello dificulta la posibilidad de dar cuenta del papel específico que las formas simbólicas juegan en los procesos de naturalización del orden social y cultural. De modo tal, el énfasis puesto en las instancias desatendidas históricamente por los estudiosos de la dominación, en *Culturas Híbridas*, no encuentra un correlato en la preocupación por el papel de los Estados, las transnacionales, las corporaciones infocomunicacionales y los organismos multilaterales en la reestructuración capitalista que estaba en curso y por la indagación de los efectos específicos de esa reestructuración en el campo de la comunicación y la cultura. En definitiva, muy probablemente, la principal razón de las limitaciones señaladas en el enfoque desarrollado por GC sea el abandono de la preocupación por aquello que estaba en la raíz de las reflexiones gramscianas: la posibilidad de construir una nueva hegemonía protagonizada por un bloque social conducido por las clases oprimidas.

2. DIFERENTES, DESIGUALES Y DESCONECTADOS: UNA REVISIÓN PARCIAL

Como el título lo deja entrever, en *Diferentes, desiguales y desconectados* la pregunta por la relación entre “diferencia” y “desigualdad” está presente como una suerte de tesis transversal. En este libro, elaborado por un autor que se erige como figura central de un campo académico consolidado institucionalmente, GC conjuga una serie de reflexiones con las que propone un balance de algunas de las principales conclusiones formuladas en libros anteriores, muchas de ellas desarrolladas en *Culturas híbridas*, con otros planteos referidos a procesos socioculturales, económicos y políticos significativos para explicar las transformaciones acaecidas en las últimas décadas del siglo pasado.

Hay una mirada menos optimista respecto de los procesos de hibridación cultural y de los efectos democratizadores de los medios masivos de comunicación y

bienes “facilitado por los movimientos globalizadores” había democratizado “la capacidad de desarrollar una multiculturalidad creativa” en nuestras sociedades (2001, p. 14).

7. Este un modo de entender los procesos comunicacionales y culturales, se pone en evidencia, por ejemplo, cuando GC recupera en *Culturas Híbridas* al *graffiti* como forma de expresión pública accesible para todos los sectores sociales urbanos. No obstante, si se piensa en función de la estructura de relaciones sociales de la que forman parte y se la pone en relación con otros circuitos de producción y consumo, el *graffiti* no representa solo una manera distinta o particular de expresión. Desde esa perspectiva, este es sobre todo una forma desigual (marginal) de participar en la construcción de sentidos y representaciones sobre lo real.

las industrias culturales (una valoración que queda muy clara en los capítulos dedicados a la situación de los jóvenes latinoamericanos, los límites de la sociedad del conocimiento y la producción cinematográfica en América latina). Asimismo, ciertos fenómenos como el debilitamiento de los estados nacionales, la reestructuración y transnacionalización económica y el uso desigual de las nuevas tecnologías de la comunicación y la información (NTICS) reciben una atención mayor. Junto con ello, de la misma manera que ocurre en *Culturas Híbridas*, GC también planteará la necesidad de redefinir buena parte de las herramientas conceptuales y perspectivas teóricas y metodológicas para el abordaje de los procesos culturales en estas sociedades de principios del siglo XXI.

El propósito central del texto es analizar el papel de la cultura en el capitalismo actual, para lo cual GC parte de una tesis general: los lugares de lo cultural oscilan entre su concepción social y universal de la primera modernidad y las exigencias mercantiles impuestas en las últimas décadas. En esa dirección, afirma que un *mundo multicultural* –caracterizado por la yuxtaposición de culturas diversas, pero reconocibles– ha dejado paso a otro *intercultural globalizado* –definido por la confrontación y el entrelazamiento entre los diferentes–. Por tal razón, es necesario construir una perspectiva transdisciplinaria que, a partir de los aportes de la sociología, la antropología y los estudios en comunicación, permita dar cuenta de las relaciones interculturales mediante el estudio empírico. Estudiar la cultura, entonces, requerirá convertirse en un especialista de las “intersecciones” (2004, p. 101).

Dicho esto, como ya hicimos con *Culturas Híbridas*, nos proponemos analizar, en función de algunos tópicos fundamentales, la manera específica en que en este segundo libro aparecen tratadas las cuestiones de la diferencia y la desigualdad.

a) El tratamiento de la diferencia: contra viejos y nuevos reduccionismos

En principio, vale señalar que GC analiza con un tono crítico la manera en que la dimensión de las diferencias culturales fue abordada a partir de la década de 1990 desde las ciencias sociales y las organizaciones políticas, el mercado, los gobiernos y los movimientos sociales que luchan por el reconocimiento étnico. Advierte que la diversidad cultural “es algo que se administra en las corporaciones, los estados y las ONG” (2004, p. 23) y deja planteada una crítica a las teorías de la diferencia que fueron fundamento para el multiculturalismo y el pluralismo cultural en los años ‘90. A su entender, el relativismo contenido en esas perspectivas permitió la visibilidad de grupos discriminados, pero al mismo tiempo alimentó versiones “segregacionistas” que derivaron en la absolutización de la propia cultura, generando renovadas formas de etnocentrismo. A la vez, GC se refiere a los casos en que los Estados han reconocido derechos culturales que reivindican la diversidad. Es el caso de las comunidades indígenas de América Latina que lograron la educación bilingüe y de las legislaciones que permiten formas de organización comunitarias autónomas. Sin embargo, también llama la atención acerca de que estos avances contrastan con lo que ocurre a nivel de los territorios y los bienes materiales, donde se acumulan pérdidas y retrocesos para esas comunidades.

Finalmente, en un plano teórico, GC sostiene que existen tres maneras de enfocar la diferencia que deben ser dejadas de lado. En primer lugar, la que se pone en práctica desde una teoría de la desigualdad que pierde de vista los procesos de

diferenciación que no derivan de la distribución desigual de los recursos (aquí aparecen nuevamente los límites ya señalados años atrás a la obra de Bourdieu). En segundo término, aquella que postula que para hablar de la diferencia hay que ser parte de ella (los indígenas hablarían de los indígenas, los chicanos de los chicanos, etc.). Por último, la que parte de enfoques teóricos “que terminan dogmatizando la alteridad” (2004, p. 46). Frente a estas perspectivas, en sintonía con las tesis generales del texto y con las líneas que han marcado su trayectoria, GC propone una que no vincule las diferencias a determinados rasgos esenciales ni considere la alteridad como resultado simple de la desigualdad socioeconómica y que coloque el foco en las acciones interculturales. Como manera de ilustrar esa perspectiva, GC se niega a ubicar la fortaleza de los pueblos indígenas en sus rasgos tradicionalmente exaltados. Advierte que las relaciones en y entre los pueblos originarios son de reciprocidad pero también de jerarquías y de dominación, y que la modernidad trajo pestes, pero “también medicinas”. Por eso afirma que es preferible centrarse “en la demanda étnico-política de los pueblos indígenas que desean ser reconocidos en sus diferencias y vivir en condiciones menos desiguales” (2001, p. 49).

b) Viejas preguntas y nuevas desigualdades

Con el mismo ímpetu de llevar a cabo un balance de lo ocurrido en los años anteriores, GC se refiere en varios pasajes del libro a la relación existente entre las transformaciones producidas en América Latina en materia económica, social y política y los fenómenos culturales. Si bien plantea que la interculturalidad se trama en la diferencia, en la desigualdad y en la desconexión, y resalta que no es suficiente establecer las interacciones entre la diferencia y la desigualdad puesto que las innovaciones tecnológicas y el neoliberalismo alteraron el sentido histórico de lo diferente y de lo desigual; al mismo tiempo, volverá a transitar valoraciones más clásicas sobre esa cuestión. Así como asegura que en el pasaje que va de una modernidad “liberal y democrática” a una “selectiva y excluyente” las desigualdades pasan a ser componentes permanentes de la reproducción del capitalismo, también advierte que la liberalización y la globalización neoliberal acentuaron la desigualdad preexistente entre países (2004, p. 73).

De este modo, GC vuelve a subrayar la importancia de pensar juntas la diferencia y la desigualdad “en tiempos en que es cada vez más difícil defender las diferencias sin cuestionar las inequidades” (2004, p. 118). A partir de esa idea, analiza las formas en que las relaciones de explotación se profundizan en el nuevo escenario. Esto se presenta como una novedad respecto de *Culturas Híbridas* y en lo que hace al objeto de nuestro trabajo, aunque aparecerá como un tema tangencial y menos desarrollado que otros. A partir de una cita del libro de Luc Boltanski y Éve Chiapello, *El nuevo espíritu del capitalismo*, GC señala que actualmente “la explotación se fortalece en un mundo conexionista”. Y afirma que los “grandes” gozan de los beneficios de la movilidad, la conexión y la fluidez, mientras que “los chicos” las padecen (2004, p. 74). No obstante, llegado a este punto GC advierte que si bien hay que incorporar la cuestión de la conectividad al problema de la diferencia y la desigualdad, no hay que perder de vista el papel que siguen jugando formas anteriores de producción, que refuerzan instancias previas “de mercantilización y explotación y engendran otras”. En síntesis, “leer el mundo bajo la clave de las conexiones no elimina las distancias

generadas por las diferencias, ni las fracturas y heridas de la desigualdad" (2004, p. 79). De este modo, para GC queda conformado un marco de nuevas desigualdades que no solo tienen que ver con lo que significa estar "desconectado", sino que surgen del cruce entre los efectos de la liberalización económica, el avance de la mercantilización y las posibilidades que brindan las nuevas tecnologías de la comunicación para un poder más despersonalizado y concentrado en las elites financieras, industriales y políticas de los países centrales.

En este marco, introduciendo un matiz importante respecto de lo planteado en *Culturas Híbridas*, GC dedica varios capítulos a analizar el papel de editoriales, compañías musicales y cinematográficas transnacionales en América Latina, y el efecto de desplazamiento de la "producción nacional". Es más, en este plano sostiene que en el escenario definido por la interculturalidad globalizada los mayores interrogantes no surgen de la cuestión de la identidad o del patrimonio, sino de los factores transnacionales generadores de desigualdad, vinculados con la concentración y desterritorialización del poder económico (2004, p. 143). Dicho esto, llama la atención el hecho de que GC no mencione el papel similar, aunque en otra escala, que juegan los grandes grupos empresariales de la comunicación y la cultura de origen latinoamericano. Con esto no queremos relativizar el peso que tienen las grandes compañías estadounidenses, japonesas y europeas en nuestra región, pero no puede negarse el rol del grupo Clarín, O' Globo y Televisa en relación con la concentración y centralización de la producción cultural, la uniformidad informativa y las formas de flexibilización laboral (Mastrini y Becerra, 2006). Incluso, se hace presente otro matiz respecto de *Culturas Híbridas* ya que hay pasajes en los que CG analiza el papel desempeñado tanto por ese grupo mexicano como el brasileño en el ámbito de la cultura y la comunicación.

c) Una revisión de la "hibridación"

Llegados a este punto, vale señalar que mientras la noción central de *Culturas Híbridas* es la de "hibridación", en *Diferentes...* la que ocupa ese lugar es la de "interculturalidad". Si en el primer caso el foco está puesto en los procesos de "mezcla", en el segundo, el interés fundamental pasará por analizar los enfrentamientos y las yuxtaposiciones. Esto en sí mismo permite ver una diferencia importante. Cuando el término "hibridación" aparece, lo hace junto con algunas proposiciones que intentan orientar su interpretación. Si en *Culturas Híbridas* la noción aparecía formando parte de una zona semántica junto a términos como "coparticipación", "préstamos" y "creatividad", aquí GC advierte que "hibridación no es indeterminación total, sino combinación de condicionamientos específicos" (2004, p. 151).

Así las cosas, esa tendencia a recuperar el problema de "los condicionamientos" o la relación entre sujeto y estructuras se percibe claramente cuando GC evalúa las consecuencias de la globalización intercultural. GC afirma que la globalización "desglobaliza": conecta y desconecta; a su modo de ver, tal como lo describe al analizar la producción cinematográfica latinoamericana, uno de los efectos culturales de esa dinámica dual consiste en que conjuntos poblacionales mayoritarios o masivos quedan reducidos a una participación minoritaria en el mercado simbólico global. Por lo tanto, la comprensión de los procesos sociales contemporáneos requiere distinguir minorías demográficas y minorías culturales (2004, p. 196-197). Si a esto le

sumamos la manera en que GC describe el papel dominante que desempeñan un puñado de transnacionales en la industria editorial, musical y cinematográfica, no solo en América Latina sino en buena parte de Europa, podríamos hablar entonces de –aunque GC no use esta expresión– una hibridación muy desigual.

d) Las propuestas

El libro contiene dos tipos de propuestas. En el plano de la teoría y la labor de las ciencias sociales la apuesta de GC sigue siendo la de articular un trabajo transdisciplinario que a partir de los aportes de la antropología, la sociología y las ciencias de la comunicación pueda dar cuenta de los procesos que están en la base de la interculturalidad. A su juicio, luego del auge de las teorías de la deconstrucción del sujeto, es necesaria una teoría de los sujetos colectivos que haga posible identificar y entender las iniciativas sociales, los conflictos y las prácticas de las clases y los grupos en el marco de una perspectiva que permita designarle a esos sujetos un lugar condicionado y creador a la vez (2004, p. 157).

Junto con esto, en sintonía con las ideas vertidas en diversas obras anteriores, GC se ubica en el plano de las políticas culturales y plantea la necesidad de apuntar a la conformación de una concepción transnacional de la ciudadanía, de una “ciudadanía latinoamericana”. Los criterios fundamentales para elaborar esa nueva ciudadanía pasan por valorizar lo diferente, reducir la desigualdad y generar conexiones constructivas a distancia. Entre las tareas básicas estará la de comunicar a los diferentes, corregir las desigualdades y democratizar el acceso a patrimonios interculturales. En suma, el enfoque propuesto llama a atender de manera simultánea los derechos sociales, económicos y culturales, desde una perspectiva orientada a garantizar la equidad, la integración y la participación en las redes de intercambio. En definitiva, lo que está contenido en esa idea es la necesidad de establecer un piso de “ciudadanía” (2004, p. 81).

Hecho el análisis del tratamiento de este último tópico estamos en condiciones de sistematizar algunas consideraciones más globales sobre el texto. En lo que hace a la preocupación central de nuestro artículo, debemos decir que en *Diferentes...* GC lleva a cabo un trabajo más “equilibrado” en cuanto a los énfasis puestos en el tratamiento de los procesos vinculados con la cuestión de la desigualdad y la diferencia y, por tanto, más coherente con el planteo de la necesidad de un tratamiento conjunto. Esto se aprecia en el espacio que le otorga –con las limitaciones que ya señalamos– al análisis del selecto grupo de megacompañías que dominan el mercado global del cine, la música, los libros y las revistas. Y puede verse también en la manera en que vincula lo que denomina “cultura juvenil del reviente” y la automarginación con las condiciones en que los jóvenes se insertan en mercado laboral flexibilizado y precarizado y la experiencia de una sociedad que alienta el consumo incesante (2004, pp.168-169). Por otra parte, podemos señalar que el diagnóstico sobre el lugar de la cultura en las sociedades contemporáneas no se corresponde con el tinte y el alcance de sus propuestas. En este punto, GC no supera un nivel declamativo cuando se refiere a la necesidad de garantizar simultáneamente los derechos sociales, económicos, políticos y culturales y de reconfigurar la noción de ciudadanía para ponerla a la altura de este mundo intercultural globalizado. De hecho, llama la atención que en nombre de un enfoque que postula como elementos clave la multiplicidad de “centros” de

la acción social y la referencia al incremento incesante de los intercambios interculturales, el autor haya abandonado por completo cualquier referencia a la noción de hegemonía. Abandono que en cierto modo puede verse como la consecuencia lógica del trabajo teórico comenzado en *Culturas Híbridas* y que tiene su correlato a nivel empírico, dada la ausencia como materia de indagación sistemática del proceso de movilización que se estaba viviendo por esos años en la región y que demostró tener la fuerza suficiente para modificar el lugar de ciertas prácticas y significados que se habían impuesto con la fuerza de lo natural durante el auge neoliberal, y daba cuenta también de cambios importantes en la cultura política de nuestras sociedades que se encontraban en curso (Grimson, 2007, p. 12).

CONSIDERACIONES A MODO DE CIERRE

La preocupación en torno a cómo se construye una mirada sobre las sociedades capitalistas contemporáneas que permita abordar las prácticas culturales en virtud de su diversidad/ particularidad –en tanto tramas de lenguajes, disposiciones, valores, historias y tradiciones– sin perder de vista los modos en que esas diferencias se entrelazan con las situaciones de desigualdad generadas por la explotación económica, la dominación política y la discriminación ideológica, es un elemento constitutivo de la historia del campo de los estudios en comunicación y cultura latinoamericanos.

A su vez, el análisis que realizamos en este artículo sirve para apreciar cómo a lo largo de esa historia la pretensión de evitar y superar abordajes reduccionistas y modelos abstractos de los procesos culturales estuvo siempre en tensión con la emergencia de nuevas visiones parciales de dicho objeto de estudio (culturalistas, tecnologicistas, etc.).

Del mismo modo, a nuestro juicio, la producción de Néstor García Canclini, las re-lecturas que ha realizado durante los primeros años del nuevo siglo y la manera en que en ese momento ha evaluado críticamente su propio programa de investigación, atestiguan la vigencia de la apuesta por la construcción de un tipo de análisis que dé cuenta de la materialidad, del conflicto y de las posiciones diversas desde las que los distintos actores participan de la producción, circulación y consumo de las significaciones. Se trata en todo caso de una apuesta que no es ajena a una disputa más vasta entre perspectivas y tradiciones, de la que nuestro campo participa al ser parte del espacio de la cultura contemporánea y más específicamente de las ciencias sociales. En ese sentido, desde una óptica que pretende superar todo atisbo de ingenuidad, escribimos este artículo asumiendo que el itinerario de ese campo de estudios en América Latina habla a las claras de tales tensiones y luchas por ocupar posiciones legítimas, al tiempo que la elaboración de dicha historia, en tanto producción científica específica, ha constituido y constituye un terreno privilegiado de esa disputa.

BIBLIOGRAFÍA

1. Adorno, T. (2006). [1996]. *Introducción a la sociología (1968)*. Barcelona: Gedisa.
2. Ford, A. (1985). "Cultura dominante y cultura popular", en Ford, A., Rivera, J., Romano, E., *Medios de comunicación y cultura popular* (pp. 20-23). Buenos Aires: Legasa.
3. _____. (1987). *Desde la orilla de la ciencia. Ensayos sobre identidad, cultura y territorio*. Buenos Aires: Punto Sur.
4. Fuentes Navarro, R. (1992). *Un campo cargado de futuro. El estudio de la comunicación en América Latina*. México: FELAFACS.
5. García Canclini, N. (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.
6. _____. (2001). [1990] *Culturas Híbridas. Estrategias para salir y entrar de la Modernidad*. Buenos Aires: Paidós.
7. _____. (2002). [1982]. *Culturas populares en el capitalismo*. México: Grijalbo.
8. _____. (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Gedisa: Barcelona.
9. Gramsci, A. (2003a). [1958]. *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Buenos Aires: Nueva Visión.
10. _____. (2003b). [1962]. *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Buenos Aires: Nueva Visión.
11. _____. (2000). [1960]- *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Nueva Visión.
12. Grimson, A. (Comp.) (2007). *Cultura y neoliberalismo*. Buenos Aires: CLACSO.
13. Mangone, C. (2007). Una cuestión de énfasis: el relativismo académico y la intervención político intelectual. *Cuadernos Críticos de Comunicación y Cultura*, 2: 1-5.
14. Martín Barbero, J. (1998). Jóvenes, desorden cultural y palimpsestos de identidad. *Revista Oficios Terrestres*, N° 5, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP: pp. 64-72.
15. _____. (2003). *De los medios a las mediaciones*. Bogotá: Convenio Andrés Bello [1987].
16. Mastrini, G. y Becerra, M. (Dir.) (2006). *Periodistas y magnates. Estructura y concentración de las industrias culturales en América Latina*. Buenos Aires: Prometeo.
17. Mata, M. C. (1988). Radios y públicos populares. *Diálogos*, 19, Felafacs, Lima.
18. Mattelart, A. y Nevéu, E. (2004). *Introducción a los estudios culturales*. Barcelona: Paidós.
19. Patiño, R. (1998). Culturas en transición: reforma ideológica, democratización y periodismo cultural en la Argentina de los ochenta. *Revista Interamericana de Bibliografía (RIB)*, N° 2. Recuperado de: http://www.educoas.org/portal/bdigital/contenido/rib/rib_1998-2/articulo12/index.aspx?cu
20. Sunkel, G. (1985). *Razón y pasión en la prensa popular. Un estudio sobre la cultura popular, cultura de masas y cultura política*. Santiago de Chile: ILET.